

00 - Con el Pie Izquierdo

Josel Gueta



Capítulo 1

En la penumbra de una noche en la que la luna se asomaba tímidamente, desperté con un mal presentimiento que se adhirió a mí como una sombra gélida. Era como si los murmullos siniestros de mis sueños hubieran cruzado la frontera entre la pesadilla y la realidad. Aunque no soy esclavo de las supersticiones, esa inquietud no podía ser descartada. A veces, la intuición se alza con un peso inexplicable.

Por eso, procuraba comenzar cada día con el pie derecho, en busca de un atisbo de buena fortuna. Sin embargo, en esa mañana gris y oscura, una sensación de desasosiego se anidó en mi pecho. Intenté aferrarme a la idea de que cada día es un lienzo en blanco que puedo llenar de cualquier color, pero en esa madrugada, algo estaba fuera de sincronía. La lluvia golpeaba incansablemente los cristales de mi ventana, y el viento aullaba como un lamento premonitorio. A pesar de mis esfuerzos por ahuyentar la inquietud, esta persistía, como una sensación etérea y sofocante.

Mi vida estaba entrelazada entre la ciencia y los árboles; dendrólogo por pasión y profesión, desentrañando sus secretos y venerando su majestuosidad. No eran simples plantas para mí, sino guardianes de historias ancestrales, testigos silenciosos de eras pasadas, como antiguos custodios de los secretos del mundo. Así que, cuando los rumores acerca de una isla remota, repleta de especies endémicas aún por clasificar, llegaron a mis oídos, no pude resistirme a dejarme llevar por lo desconocido.

La isla Tari era un enigma en sí misma, envuelta en leyendas y cuentos de oscuros bosques que parecían tener vida propia. Relatos de árboles ancestrales y figuras misteriosas que deambulaban entre las sombras habían sido transmitidos de generación en generación. A pesar de mi enfoque científico y racional, no pude resistirme a la llamada de lo inexplicable. Decidí aventurarme para descubrir la verdad oculta detrás de los velos de los mitos.

Mi llegada, en una tarde ondeada por nubes grises densas, trajo consigo un viento inusualmente cargado de electricidad. La travesía hasta la isla fue tortuosa, llena de giros y recovecos, pero finalmente mis pies tocaron la arena de sus costas. En ese momento, pude sentir cómo la atmósfera misma parecía vibrar con una extraña intensidad, un aura misteriosa que impregnaba todo. Los ojos de los lugareños evitaban los míos, como si supieran que yo era una marioneta del destino, jugueteando con fuerzas que no comprendía.

En busca de respuestas, me encaminé hacia el corazón del pueblo, donde encontré el bullicioso bazar y a Abigail, una mujer que irradiaba conocimiento mezclado con melancolía. Con unas gafas oscuras, no podía

evitar mostrar unos ojos resignados pero intrigantes a la par. Parecía haber explorado horizontes más allá de la vista, y tras su enigmática sonrisa se escondían historias listas para ser desveladas. Abigail, culta y afable, hablaba exóticamente sobre animales, plantas, arbustos, árboles y leyendas que vinculaban la isla con la oscuridad de la noche.

En medio de sus palabras emergió la leyenda del Árbol Pálido, como una serpiente deslizándose. Con su mirada profunda y misteriosa, Abigail me relató un cuento arraigado en los anales de la isla. Según sus palabras, este árbol parecía ordinario durante el día, indistinguible de sus pares. Pero en las noches de luna llena, experimentaba una transformación asombrosa. Emitía una luz tenue, casi pálida y cadavérica, como si su ser absorbiera la luz plateada para revelar su propio resplandor. Sin embargo, su presencia ocultaba un oscuro secreto, una energía que resonaba con lo inquietante.

Con solemnidad que heló mi sangre, Abigail me advirtió: —Si alguna vez te aventuras en el bosque durante una noche de luna llena y un silencio repentino se apodera del entorno, huye sin mirar atrás. Era un consejo que trascendía las simples palabras de advertencia; era como un eco ancestral resonando en cada uno de mis huesos.

Intrigado y fascinado por el tenebroso relato, caí en la trampa de la obsesión. Decidí adentrarme en el bosque en una noche de luna llena. El clima se despejó, y bajo la pálida luz lunar, el camino se internaba en el corazón del bosque añejo, como si invitara a descubrir los secretos susurrados por las sombras.

Mis pasos resonaban en la quietud de la noche, solo interrumpidos por el susurro del viento entre las hojas. Los árboles parecían contener la respiración, testigos silenciosos de mi presencia, como si anticiparan lo que estaba por venir. Cada avance iba acompañado del murmullo del viento y el ocasional crujido de ramas bajo mis pies, tejidos en un coro inquietante.

Y entonces, en un instante que pareció durar una eternidad, todo cambió.

Un cambio sutil en la atmósfera detuvo mi avance. Un silencio sepulcral descendió sobre la escena, ahogando los sonidos de la noche. Los árboles, antes llenos de susurros en la brisa, quedaron inmóviles como guardianes petrificados. En medio de ellos, un árbol brillaba tenuemente en un blanco pálido y cadavérico. Una tensión eléctrica llenó el aire, erizando mi piel y congelando mi aliento.

En medio de esa asfixiante quietud, una figura emergió de las sombras, desafiando toda lógica y razón.

Lo vi entonces. Una figura pálida surgió entre los árboles, su cabello blanco parecía resplandecer en la oscuridad. Sus ojos eran dos pozos profundos, absorbiendo la luz circundante. No se movió, ni emitió sonido alguno, pero su presencia era opresiva, una fuerza arcaica que se alzaba desde el suelo mismo.

Con la mente confusa, traté de identificar a aquella entidad. Parecía tener el tamaño de un niño pequeño, pero había algo inherentemente errado en él. Su cabello blanco brillante y sus ojos oscuros como abismos insaciables surgieron sin emitir un solo sonido. Estaba cubierto por la piel de un animal, con un pelaje de color azabache que emanaba un olor putrefacto. Era una aparición sacada de una tenebrosa pesadilla.

No tardé en percatarme de que esa figura de cabellos blancos y ojos negros me sonreía de manera bestial, con sangre fresca cayendo de su boca mientras me observaba fijamente. Su mirada era tan abismal y sombría que emitía un brillo oscuro y electrizante, un punzón nervioso que recorría mi espina dorsal y paralizaba todo mi cuerpo.

Entonces lo vi levantar una mano, como si intentara saludarme, mientras con la otra destazaba metódicamente a un pequeño animal. El gesto parecía tan inocente, pero lo que estaba ocurriendo ante mis ojos era una crueldad silenciosa que me petrificó de horror.

Fue en ese momento que revivió en mí la sensación de un mal presentimiento, similar a la que había experimentado al despertar. Recordé aquella sensación inquietante que me había acompañado desde la mañana: me había levantado con el pie izquierdo. Una superstición que ahora me perseguía como una maldición.

El terror me embargó mientras comprendía que había desencadenado algo inexplicable. En ese instante, una ola de pavor me invadió. Quise huir, retroceder, pero mis piernas estaban petrificadas y se negaban a obedecer. Mi corazón latía como un tambor salvaje mientras el Árbol Pálido y su guardián se erigían ante mí.

De la nada, recordé la advertencia que me dio Abigail; sus palabras cobraron vida. El silencio repentino es un presagio, así que huí sin mirar atrás. Con una claridad escalofriante mientras enfrentaba lo desconocido, un esfuerzo sobrenatural brotó de mí y logré girar y correr, con el corazón latiendo en mi garganta, ansioso por alejarme de esa manifestación terrorífica.

Mientras corría sin atreverme a mirar atrás, creí escuchar un susurro espectral e infantil que jugueteaba entre las sombras del viento: una voz de ultratumba que susurró "hasta luego", para luego desaparecer, poniendo en estado de alerta cada célula de mi cuerpo. Experimenté una sensación indescriptible, una mezcla entre desesperación y alivio al saber

que todo había terminado, al menos por el momento.

Al regresar a la seguridad del bazar, me encontré con Abigail, cuya mirada profunda y serena delataba mi imprudencia. En un tono sombrío, pronunció las palabras: —A veces, el bosque guarda secretos que es mejor no saber. Fue entonces cuando comprendí la sabiduría en sus palabras y cómo sus consejos habían sido tejidos desde las sombras del conocimiento ancestral.

Desde aquel incidente, me abstuve de adentrarme en el bosque durante las noches de luna llena. Comprendí que existen misterios destinados a permanecer sin revelar, guardianes de secretos que la mente humana no puede, ni debe, comprender.

El Árbol Pálido y su custodio quedaron marcados en mi memoria como un inquietante recordatorio de los límites de nuestra comprensión y de las advertencias que la naturaleza susurra en el silencio nocturno, recordándome que algunas puertas deberían permanecer cerradas para siempre.

Intrigado por las capas de misterio que envuelven la isla Tari, he optado por quedarme un tiempo. Mi propósito es clasificar con meticulosidad cada organismo que habita este enigmático rincón. Con cada criatura estudiada, con cada secreto descifrado, me acerco un poco más a las verdades celosamente resguardadas por la isla.

En cuanto a mi trabajo, Abigail me informó que están buscando un reemplazo para el puesto de profesor en la única escuela de la isla. Aunque es pequeña, cuenta con todo lo necesario para continuar con mi labor científica. Estoy considerando seriamente la oportunidad, ya que, como investigador, debo encontrar la manera de transmitir mis conocimientos. La educación parece ser una opción viable para empezar de nuevo.

Ahora, las supersticiones han encontrado un lugar en mi vida. Me aseguro de comenzar el día levantándome con el pie derecho, en busca de auspiciar la buena fortuna. Ajusto mi horario de trabajo a la luz del sol, abrazando su cálida guía en mi labor diaria. Y en el fondo de todo esto, está ella: una enigmática isleña que despierta mi curiosidad sin fin.

Al final del camino, estas supersticiones y desafíos no son más que gajes del oficio que todo investigador experimenta. A veces, es el precio que pagamos por nuestra curiosidad insaciable y la necesidad constante de buscar el conocimiento más allá de nuestros límites.

En este lugar donde las pesadillas cobran vida y los árboles guardan secretos siniestros, estoy preparado para enfrentar lo que se oculta en la oscuridad y descifrar los enigmas que el bosque y sus criaturas esconden

en ese silencio nocturno y asfixiante.

De momento, y por alguna extraña razón, cuando reflexiono sobre aquel ser espectral y su susurrante "hasta luego", que una vez resonó terriblemente en mis oídos, siento un impulso que me lleva a continuar investigando. Creo que, en el fondo, deseo transformar ese inquietante encuentro en un nostálgico reencuentro; quiero decirle "cuánto tiempo" a lo que sea que haya presenciado.

Aun así, jamás olvidaré el visceral miedo ante los verdaderos misterios que atraen a las mentes curiosas, como la mía, hacia su abismal respuesta. Transformándonos para siempre en obsesos preocupados por la verdad oculta.

Fin.